

Émile Zola

La obra

Traducción y notas de José Ramón Monreal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *L'œuvre* (1886)

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Estudio en Batignolles*, H. Fantin-Latour, 1870. (Musée d'Orsay, París) © ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y las notas: José Ramón Monreal Salvador

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-747-4

Depósito legal: M. 11.584-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
40	Capítulo 2
77	Capítulo 3
123	Capítulo 4
161	Capítulo 5
197	Capítulo 6
236	Capítulo 7
284	Capítulo 8
323	Capítulo 9
377	Capítulo 10
435	Capítulo 11
482	Capítulo 12

Capítulo 1

Claude pasaba por delante del Ayuntamiento, y daban las dos en el reloj, cuando estalló la tormenta. Había perdido la noción del tiempo mientras vagabundeaba por Les Halles, durante aquella noche abrasadora de julio, como el buen artista que gusta de pasear ociosamente, enamorado del París nocturno. De pronto se puso a llover a cántaros y echó a correr, a trotar desmadejado y como loco, a lo largo del quai de la Grève. Pero, en el Pont Louis-Philippe, se detuvo, irritado por sus resoplidos: aquel miedo al agua le parecía una estupidez; y, en las densas tinieblas, bajo el azote del chaparrón que inundaba los faroles de gas, atravesó lentamente el puente con las manos bailándole.

Por lo demás, sólo le quedaban a Claude unos pocos pasos para llegar. Cuando torcía hacia el quai de Bourbon, en la Île Saint-Louis, un vivo relámpago iluminó la recta y uniforme hilera de los viejos palacetes alineados delante del Sena, al borde de la estrecha calzada. A su fulgor relumbra-

ron los cristales de las altas ventanas sin persianas, y pudo verse el marcado aspecto triste de las antiguas fachadas con muy nítidos detalles: un balcón de piedra, un barandal de terraza y la guirnalda esculpida de un frontón. Era allí donde el pintor tenía su estudio, en el altillo del antiguo palacete de Martoy, esquina a la rue de la Femme-sans-Tête. El muelle apenas entrevisto quedó inmediatamente sumido de nuevo en las tinieblas y un formidable trueno hizo temblar el barrio dormido.

Al llegar ante su puerta, una vieja puerta redondeada y baja, revestida de hierro, Claude, cegado por la lluvia, buscó a tientas para tirar del cordón de la campanilla; y cuál no sería su sorpresa cuando tuvo un sobresalto al encontrarse en el rincón, pegado contra la madera, un cuerpo vivo. Luego, al súbito resplandor de un segundo relámpago, vio a una muchacha alta, vestida de negro y calada ya hasta los huesos, que temblaba de miedo. Tras haber sacudido el trueno a ambos, él exclamó:

-¡Ah, ésta sí que no me la esperaba!... ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Ya no la veía, sólo la oía sollozar y farfullar.

-¡Oh!, no me haga ningún daño, caballero... La culpa es del cochero que tomé en la estación, y que me ha dejado cerca de esta puerta haciéndome bajar de malos modos... Sí, ha descarrilado un tren, por la parte de Nevers. Hemos llegado con cuatro horas de retraso y no he encontrado a la persona que debía estar esperándome... ¡Dios mío!, es la primera vez que vengo a París, señor, no sé dónde estoy...

Un relámpago cegador le cortó la palabra; y sus dilatados ojos recorrieron con pavor aquel rincón de la ciudad desconocida, la violácea aparición de una ciudad fantasmal. Ha-

bía dejado de llover. En la margen opuesta del Sena, el quai des Ormes presentaba su hilera de casitas grises, abigarradas en su parte baja por el revestimiento de madera de las tiendas y que destacaban en lo alto con sus tejados desiguales, mientras el dilatado horizonte se aclaraba, por la izquierda, hasta las pizarras azules de los desvanes del Ayuntamiento, y, por la derecha, hasta la plomiza cúpula de Saint-Paul. Pero lo que sobre todo le cortaba la respiración era el encajonamiento del río, la profunda fosa por donde discurría el Sena en aquel lugar, negruzca, desde los pesados pilares del Pont Marie hasta los ligeros arcos del nuevo Pont Louis-Philippe. Extraños bultos informes poblaban el agua: una flotilla fija de botes y de yolas, un lavadero flotante y una draga amarrados en el muelle; luego, allí abajo, en la ribera opuesta, unas gabarras repletas de carbón, chalanas cargadas de moleña, dominadas por el brazo gigantesco de una grúa de hierro. Todo desapareció.

«¡Bah!, es una perdida –pensó Claude–, una pelandusca puesta de patitas en la calle y que anda en busca de un hombre».

Era desconfiado con las mujeres: esa historia del accidente, del retraso del tren, el bruto del cochero, le parecía un invento ridículo. La muchacha, al retumbo del trueno, se había pegado más contra el rincón de la puerta, aterrada.

–Pero no puede usted pasar aquí la noche –prosiguió en voz alta.

Ella lloraba más fuerte, balbució:

–Hágame el favor, caballero, lléveme a Passy... Es a Passy a donde voy.

Él se encogió de hombros: ¿le tomaba por tonto? Maquinalmente se había vuelto hacia el quai des Célestins,

donde había un puesto de coches. No se veía brillar un solo farol.

-¿A Passy, querida mía?, ¿y por qué no a Versailles?... ¿Dónde diablos quiere que encontremos un coche a estas horas, y con un tiempo como éste?

Pero ella dio un grito, deslumbrada por otro relámpago; y, esta vez, acababa de ver de nuevo la trágica capital en un mar de sangre. Era una inmensa abertura, a través de la cual surgieron los dos extremos del río que se hundían hasta donde se perdía la vista, en medio de las rojas brasas de un incendio. Aparecieron los más nimios detalles, se pudo distinguir las ventanitas cerradas del quai des Ormes, las dos bocacalles de la Masure y del Paon-Blanc, que cortan la línea de las fachadas; cerca del Pont Marie, se habrían podido contar las hojas de los grandes plátanos, que formaban un soto de magnífico verdor, mientras que, en el lado opuesto, debajo del Pont Louis-Philippe, en el Mail, habían relumbrado los bombos¹ alineados en cuatro filas, llenos hasta los topes de montones de manzanas amarillas. Y pudieron verse también los remolinos del agua, la alta chimenea del lavadero flotante, la cadena inmóvil de la draga, unos montones de arena en el puerto de enfrente, un lío tremendo de cosas, un hacinamiento que abarrotaba la caudalosa corriente, el foso abierto de un extremo al otro del horizonte. El cielo se hundió en la sombra, la corriente no arrastró más que tinieblas, en medio del estruendo del rayo.

-¡Oh, Dios mío!, es el fin... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

1. Buque de fondo chato y poco calado utilizado para la carga. (N. del T.)

En esto se puso a llover de nuevo tan recio y con un viento tal que barría el muelle con una violencia de esclusas abiertas.

-Vamos, déjeme entrar -dijo Claude-, esta situación es insostenible.

Los dos se estaban calando. A la vaga claridad del farol de gas empotrado en la esquina de la rue de la Femme-sans-Tête, él la veía chorrear, con el vestido pegado a la piel, en medio del diluvio que azotaba la puerta. Se compadeció de ella: ¡bien había recogido, una noche de tormenta, a un perro en una acera! Pero le irritaba enternecerse, no llevaba jamás chicas a su casa, las trataba a todas como un soltero que las ignora, de una timidez enfermiza que disimulaba bajo una brutalidad de fanfarrón; y la verdad era que aquélla debía de creerle muy tonto para querer engancharle de aquel modo, con su aventura de vodevil. Acabó, sin embargo, por decir:

-Ya basta, subamos... Dormirá usted en mi casa.

Ella se espantó aún más, se resistía.

-¡En su casa! ¡Oh, Dios mío! No, no, imposible. Por favor, señor, lléveme a Passy, se lo pido a usted de rodillas.

Entonces, él montó en cólera. ¿A qué venían aquellos remilgos cuando le hacía el favor de recogerla? Ya había llamado un par de veces a la campanilla. Por fin la puerta cedió y él empujó adentro a la desconocida.

-No, no, señor, le digo que no...

Pero otra vez la deslumbró un relámpago, y cuando retumbó el trueno, entró de un salto, fuera de sí. Una vez cerrada de nuevo la pesada puerta, se encontró bajo un amplio soportal, completamente a oscuras.

-¡Señora Joseph, soy yo! -gritó Claude a la portera.

Y, en voz baja, añadió:

-Deme la mano, tenemos que cruzar el patio.

Ella le dio la mano, ya sin resistencia, aturdida, medio muerta. Tuvieron que pasar de nuevo bajo la lluvia diluviana, corriendo uno al lado del otro, a toda prisa. Era un patio señorial, enorme, con unas arcadas de piedra, que se confundían en la sombra. Luego fueron a dar a un vestíbulo, angosto, sin puerta; él le soltó la mano, ella le oyó raspar unas cerillas entre maldiciones. Todas estaban mojadas; tuvieron que subir a tientas.

-Cójase al pasamano y tenga mucho cuidado, pues los peldaños son altos.

La escalera, muy estrecha, en tiempos escalera de servicio, tenía tres tramos desmesurados, que ella subió a trompicones, con las piernas sin fuerzas y torpes. A continuación él la previno de que tenían que recorrer un largo pasillo; y por éste tomó ella detrás de él, apoyando las dos manos en las paredes y andando sin parar por aquel pasillo que seguía hacia la fachada que daba al muelle. Luego vino otra escalera, pero en lo alto de ésta, un tramo de crujiertes escalones de madera, sin pasamano, inseguros y empinados como las tablas mal desbastadas de una escalera molinera. Arriba, el descansillo era tan pequeño que ella chocó con el joven, que estaba buscando la llave. Por fin éste abrió.

-No entre, espere. De lo contrario, tropezará de nuevo.

Y ella no se movió más. Resoplaba, mientras el corazón le latía y le zumbaban los oídos, exhausta por aquella subida en la oscuridad. Le parecía que llevaba horas subiendo, en medio de un dédalo semejante, entre una complicación tal de tramos, vueltas y revueltas, que no podría bajar nun-

ca más. En el estudio se oían grandes pasos, roces de manos, hasta el ruido de un montón de cosas que caen al suelo, acompañado de una sorda exclamación. Luego el vano de la puerta se iluminó.

-Entre, ya está.

Entró y miró sin ver. La única vela agonizaba en aquel desván, de cinco metros de altura, atestado de mil objetos en desorden, cuyas grandes sombras se recortaban extrañamente contra las paredes pintadas de color gris. No reconoció nada, alzó los ojos hacia el ventanal, azotado por la lluvia con un redoble ensordecedor de tambor. Pero, justo en aquel momento, un relámpago iluminó el cielo, y siguió tan cerca el trueno que el tejado pareció hendirse. Muda, blanca como el papel, se dejó caer sobre una silla.

-¡Diablos! -murmuró Claude, un tanto pálido también él-, éste no ha caído muy lejos... Ya era hora, ¿no se está mejor aquí que en la calle, eh?

Volvió hacia la puerta, que cerró ruidosamente con doble vuelta de llave, mientras ella le miraba hacer con su aire de estupefacción.

-Aquí estamos en casa.

Por lo demás, amainaba, y ya sólo se oyeron unos truenos lejanos y el diluvio no tardó en cesar. Él, a quien ahora empezaba a dominar un cierto malestar, la había examinado de soslayo. No debía de estar nada mal, y era joven a buen seguro, veinte años a lo sumo, lo cual no hizo sino aumentar su desconfianza, a pesar de una duda inconsciente que le atenazaba, una vaga sensación de que tal vez no mentía del todo. En cualquier caso, por más astuta que se mostrara, estaba en un error si creía haberle cazado. Él exageró su talante desabrido y dijo con voz fuerte:

-¿Eh? Acostémonos y así nos secaremos.

Una angustia la hizo levantarse. También ella le examinaba, sin mirarle a la cara, y aquel muchacho delgado, de articulaciones sarmentosas, de gruesa cabeza barbuda, redoblaba su temor, como si hubiera salido de un cuento de bandidos, con su sombrero de fieltro negro y su viejo paletó marrón, verdusco por las lluvias. Ella susurró:

-Gracias, así estoy bien, dormiré vestida.

-Pero ¡cómo que vestida, si todas sus ropas chorrean!... Vamos, no sea tonta, desvístase enseguida.

Y tropezaba con las sillas, apartaba un biombo medio reventado. Detrás de éste, ella vio un aguamanil y una camita de hierro, cuyo cubrecama él empezó a quitar.

-No, no, señor, no se moleste, le juro que me quedaré aquí.

De golpe, él se encolerizó y empezó a gesticular descargando puñetazos.

-¡Déjeme en paz de una vez! ¿Encima de que le ofrezco mi cama se queja?... Y no se haga la asustada, es inútil. Me acostaré en el diván.

Había vuelto a donde estaba ella con aire amenazador. Sobrecogida, creyendo que quería pegarle, se quitó el sombrero temblando. Sus basquiñas goteaban agua al suelo. Él seguía refunfuñando. Sin embargo, pareció dominarle un escrúpulo; y finalmente dejó escapar como si fuera una concesión:

-Si le repugno, sepa que estoy dispuesto a cambiar las sábanas.

Y las quitaba ya de un tirón, lanzándolas sobre el diván, al otro extremo del estudio. Luego sacó otro par de un armario, e hizo de nuevo él mismo la cama con una destreza

de soltero acostumbrado a este menester. Con gran cuidado remetía la manta del lado de la pared, mullía la almohada y doblaba el embozo de las sábanas.

-¡Ya está, ahora a dormir!

Y como ella no decía nada, inmóvil en todo momento, paseando erráticamente sus dedos por el corpiño, sin decirse a desabrochárselo, él la encerró detrás del biombo. ¡Cuánto pudor, Dios mío! Y no tardó él mismo en acostarse: con las sábanas extendidas sobre el diván, sus ropas colgadas de un viejo caballete, se tumbó enseguida boca arriba. Pero, cuando se disponía a apagar la vela de un soplo, pensó que ella ya no vería y aguardó. Por de pronto, no la había oído moverse: se habría quedado sin duda plantada de pie, junto a la cama de hierro. Pero ahora percibía un ligero susurro de ropas, unos movimientos lentos y amortiguados, como si lo hubiera intentado diez veces, mientras escuchaba también ella, en la inquietud que le causaba aquella luz que no se apagaba. Finalmente, tras unos largos minutos, el somier chirrió débilmente y se hizo un profundo silencio.

-¿Está usted bien, señorita? -preguntó Claude con un tono de voz mucho más suave.

Ella respondió con un hilo de voz apenas perceptible, temblando todavía de la emoción.

-Sí, señor, muy bien.

-Entonces, buenas noches.

-Buenas noches.

Apagó la luz de un soplo y se hizo de nuevo el silencio, más profundo. A pesar del cansancio, sus párpados no tardaron en volver a abrirse, el insomnio no le dejó conciliar el sueño, con los ojos clavados en el ventanal. El cielo se

había despejado por completo, veía titilar las estrellas en la calurosa noche de julio; y, a pesar de la tormenta, seguía haciendo tanto calor que se abrasaba, con los brazos desnudos fuera de la sábana. No conseguía dejar de pensar en aquella muchacha, mientras se debatía sordamente entre el desprecio que gustaba de afectar y el temor a complicarse la vida si cedía, pasando por el temor a parecer ridículo si no se aprovechaba de la ocasión; pero acababa por prevalecer el desprecio, pues se consideraba muy fuerte, se imaginaba una complicada historia para atentar contra su tranquilidad, jactándose de haber vencido la tentación. Se ahogaba de calor, por lo que sacó las piernas, mientras, con la cabeza pesada, en la alucinación de una duermevela, seguía, en el rutilante cielo estrellado, unas sensuales desnudeces femeninas, la carne viva de la mujer, que él adoraba.

Tras esto, sus ideas se volvieron aún más confusas. ¿Qué hacía ella? Durante un buen rato la había creído dormida, pues no respiraba siquiera; y ahora la oía darse la vuelta, lo mismo que él, con infinitas precauciones que la sofocaban. Con su poca experiencia con las mujeres, trataba de razonar sobre la historia que le había contado, sorprendido en aquel momento por algunos pequeños detalles, perplejo; pero toda su lógica fallaba, ¿para qué devanarse, pues, los sesos en vano? ¿Daba lo mismo que hubiera dicho la verdad o mentido, para lo que la quería! Al día siguiente desaparecería por aquella puerta y adiós muy buenas, asunto concluido, y no volverían a verse nunca más. Sólo al clarear el día, cuando palidecían ya las estrellas, consiguió conciliar el sueño. Detrás del biombo, ella, a pesar del gran cansancio del viaje, seguía agitándose, atormentada por el aire pesado, bajo el cinc recalentado del tejado; al sentirse menos

incómoda, experimentó una brusca sacudida de nerviosa impaciencia, dejó escapar un suspiro irritado de virgen, ante el malestar que le creaba aquel hombre que dormía cerca de ella.

Por la mañana, Claude abrió los ojos y parpadeó. Era muy tarde, el sol entraba a raudales por el ventanal. Una de sus teorías era que los jóvenes pintores del *plein air* debían alquilar los estudios que no querían los pintores académicos, aquellos a los que el sol visitaba con la viva llama de sus rayos. Pero una primera sensación de asombro le hizo sentarse con las piernas al aire. ¿Por qué diablos estaba acostado en su diván? Y paseaba alrededor sus ojos aún soñolientos cuando vio, medio oculto por el biombo, un montón de basquiñas. ¡Ah, sí, esa muchacha, ahora lo recordaba! Prestó oídos, oyó una respiración prolongada y regular, que revelaba un bienestar infantil. ¡Bueno! Ella seguía durmiendo tan tranquila que habría sido una pena despertarla. Seguía atontado, se rascaba las piernas, molesto por aquella aventura en la que reincidía y que le haría perder la mañana de trabajo. Estaba indignado por su buen corazón, lo mejor sería zarandearla para que se largase cuanto antes. Sin embargo, se puso lentamente los pantalones, se calzó unas zapatillas y anduvo de puntillas.

El reloj de cuco dio las nueve y Claude hizo un gesto de inquietud. Ni un movimiento hasta aquel momento, la débil respiración continuó. Entonces, se le ocurrió que lo mejor era volver a su gran cuadro: ya desayunaría más tarde cuando pudiera moverse. Pero no se decidía a hacerlo. Él, que vivía allí, en medio de un terrible desorden, se sentía ahora incómodo por un montón de basquiñas, caídas al suelo. Aunque el agua se había escurrido, las ropas seguían

empapadas. Y, conteniendo unos gruñidos, acabó recogién-dolas una por una y tendiéndolas sobre unas sillas para que les diera la luz del sol. ¡Se había permitido dejarlo todo en desorden! ¡No se secarían nunca y ella no se iría jamás! Torcía y retorcía torpemente aquellos trapillos de mujer, se hacía un lío con el corpiño de lana negra, buscaba a gatas las medias, que habían caído detrás de una vieja tela. Las medias eran de hilo de Escocia, de un gris ceniza, largas y finas, y las examinó antes de cogerlas. El bajo del vestido las había mojado también; y las estiró, las pasó entre sus manos calientes para escurrir el agua cuanto antes.

Desde que se había levantado, Claude tenía ganas de apartar el biombo y ver. Esta curiosidad, que juzgaba estúpida, no hacía sino redoblar su mal humor. Finalmente, cuando hubo cogido los pinceles con su acostumbrado encogimiento de hombros, se dejó oír un balbuceo en medio de un susurrar de ropas; y de nuevo se reanudó el respirar suave, pero esta vez, dejando los pinceles, no pudo evitar asomar la cabeza. Pero lo que vio hizo que se quedase parado, serio, extasiado, susurrando:

-¡Ah, caramba!... ¡Ah, caramba!...

En el calor de invernadero que producían los cristales, la muchacha acababa de destaparse de la sábana; y dormía, muerta de cansancio por las noches de insomnio, bañada de luz, y tan inconsciente que ni un estremecimiento recorría su inmaculada desnudez. En su afiebrado insomnio, los botones de las hombreras de su camisa debían de haberse soltado, ya que se le deslizaba toda la manga izquierda, dejando al descubierto su pecho. Era aquélla una carne dorada, fina como la seda, la primavera de la carne, con dos pequeños pechos turgentes, henchidos de savia, en los que

despuntaban dos pálidas rosas. Con el brazo derecho que se había pasado por debajo de la nuca, la cabeza soñolienta caída hacia atrás, su pecho confiado se ofrecía en una adorable postura de abandono, mientras sus negros cabellos sueltos la revestían aún de un manto oscuro.

—¡Oh, caramba! ¡Qué hermosa está!

Era ésa, absolutamente ésa, la figura que había buscado inútilmente para su cuadro, y casi en idéntica postura. ¡Algo delgada, de un endeblez un tanto infantil, pero tan flexible, de una tan lozana juventud! Y, no obstante, con unos senos ya maduros. ¿Dónde diablos escondía, la víspera, aquel pecho, que no había adivinado? ¡Todo un hallazgo!

Claude corrió raudo a coger su caja de pinturas al pastel y una gran hoja de papel. Luego, acuclillado junto a una silla baja, posó sobre sus rodillas un cartapacio y se puso a dibujar con una gran felicidad pintada en el semblante. Toda su turbación, su curiosidad carnal, su deseo contra el que había luchado desembocaban en aquel deslumbramiento de artista, en aquel entusiasmo por las bellas tonalidades y los bien articulados músculos. Se había olvidado ya de la muchacha y estaba bajo el hechizo de la nieve de los pechos, que resplandecían entre el delicado color ambarino de los hombros. Una modestia inquieta le empequeñecía ante la naturaleza, apretaba los codos, volviéndose un niño pequeño, muy prudente, atento y respetuoso. Esto duró cerca de un cuarto de hora, se detenía a veces, aguzaba la vista para ver mejor. Pero como temía que ella se moviese, se volvía a poner manos a la obra, conteniendo la respiración, por temor a despertarla.

Sin embargo, comenzaban a rondarle de nuevo por la mente vagos razonamientos mientras estaba concentrado

en el trabajo. ¿Quién podía ser? Seguro que una pordiosera no, como había creído, porque estaba demasiado lozana. Pero ¿por qué razón le había contado una historia tan poco creíble? Y se imaginaba otras historias: que era una actriz debutante que había ido a parar a París con un amante, el cual la había plantado; o una pequeña burguesa corrompida por una amiga, que no se atrevía a volver a casa de sus padres; o, incluso, un drama más complicado, perversiones ingenuas y poco corrientes, cosas espantosas que nunca sabría. Tales hipótesis no hacían sino aumentar su incertidumbre, por lo que pasó al esbozo del rostro, estudiándolo cuidadosamente. La parte superior revelaba gran bondad y dulzura, con la frente despejada, lisa como un espejo claro, la nariz pequeña, de finas aletas nerviosas; y bajo los párpados se percibía la mirada risueña, una mirada que debía de iluminar el rostro entero. Sólo la parte inferior estropeaba esta irradiación de ternura: la mandíbula era prominente, los labios, demasiado carnosos de un color sangre, que mostraban unos dientes blancos y firmes. Era como una pasión imprevista, la pubertad rebosante de vida y que se ignoraba a sí misma en aquellas facciones esfumadas, de una delicadeza infantil.

De repente le recorrió un escalofrío, parecido a los reflejos cambiantes sobre el satén de su piel. Tal vez había sentido, por fin, esa mirada masculina que la estaba escudriñando. Abrió sus grandes párpados y soltó un grito.

-¡Ah, Dios mío!

Y el estupor la paralizó: era aquel lugar desconocido, aquel muchacho en mangas de camisa, agachado delante de ella, que se la comía con los ojos. Luego, en un impulso desesperado, cogió la colcha y se la pegó con sus dos bra-

zos contra el pecho, mientras le hervía la sangre de una tal angustia púdica que el rubor abrasador de sus mejillas se extendió hasta los botones de sus pechos en una oleada rosada.

-Eh, pero ¿qué le pasa? -exclamó Claude, descontento, con el lápiz en la mano.

Ella no dijo una palabra más, ni se movió, con la sábana apretada contra el cuello, hecha un ovillo, replegada sobre sí misma, deshaciendo apenas la cama.

-No me la voy a comer... Vamos, hágame el favor, vuelva a la posición anterior.

Una nueva oleada de sangre hizo que enrojeciera hasta las orejas. Acabó por farfullar:

-¡Oh, no, oh! ¡No, señor!

Pero él se iba enfadando poco a poco, en uno de esos bruscos ataques de cólera habituales en él. Encontraba estúpida aquella obstinación.

-Dígame, ¿qué tiene ello de malo? ¡Vaya desgracia saber cómo está usted hecha!... A otras he visto.

Entonces ella prorrumpió en sollozos, y él se acabó de enojar del todo, desesperado delante de su dibujo, fuera de sí sólo de pensar que no lo acabaría, que la gazmoñería de aquella muchacha le impediría contar con un buen estudio para su cuadro.

-No quiere, ¿eh? ¡Pues es usted una imbécil! ¿Por quién me toma?... ¿Acaso le he puesto la mano encima?, ¡dígame! De haber pensado en esas tonterías, no me habría faltado ocasión esta noche... ¡Ah, me traen sin cuidado, querida! Ya me puede enseñar usted todo... Y, oiga, además no es muy amable por su parte negarme este favor, pues al fin y al cabo le di cobijo y ha pasado la noche en mi cama.

Ella lloraba más fuerte, con la cabeza hundida en la almohada.

-Le aseguro que lo necesito, pues de lo contrario no la molestaría.

Tantas lágrimas le sorprendían, por lo que se avergonzó de su rudeza; e, incómodo, se calló, dejó que se calmara un poco; acto seguido, prosiguió diciendo con voz muy dulce:

-Vamos, puesto que ello la contraría, no se hable más. ¡Sólo que si usted supiera!... Hay una figura de mi cuadro que no avanza del todo, ¡y estaba usted tan bien en el apunte! Sería capaz de cortarles el cuello a mi padre y a mi madre tratándose de esa condenada pintura. Me disculpa, ¿verdad?... Y, mire, si fuera usted amable me concedería unos minutos más. ¡No, no, tranquila! ¡El busto no, no le pido el busto! ¡La cabeza, sólo la cabeza! ¡Si al menos pudiera acabar la cabeza!... ¡Por favor, tenga la bondad, vuelva a poner su brazo tal como lo tenía, y le estaré agradecido, oh, agradecido toda mi vida!

En aquel momento suplicaba, mientras agitaba su lápiz en actitud implorante, presa de la emoción de su gran deseo de artista. No se había movido, por lo demás, acuclillado en todo momento junto a la silla baja, a distancia de la muchacha. Entonces ella se arriesgó y descubrió su rostro apaciguado. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Estaba a su merced, y él daba la impresión de ser tan desgraciado! Vaciló, sin embargo, un momento, sintiendo una última incomodidad. Y, lentamente, sin decir una palabra, sacó su brazo desnudo y lo deslizó de nuevo por debajo de su cabeza, teniendo mucho cuidado de sujetar con su otra mano, que había quedado escondida, la colcha, enrollada en torno al cuello.

—¡Ah, qué buena es usted!... Voy a darme prisa, enseguida quedará libre.

Se había inclinado sobre su dibujo y no le dirigía más que esas limpias miradas de pintor para quien la mujer ha desaparecido y que no ve sino a la modelo. Primero, ella se había sonrojado, y la sensación de tener su brazo desnudo, ese poco de sí misma que habría enseñado candorosamente en un baile, la llenaba allí de confusión. Luego, aquel joven le pareció tan razonable que se tranquilizó, con las mejillas enfriadas y la boca abierta en una vaga sonrisa de confianza. Y con sus párpados entornados le estudiaba a su vez. ¡Cómo la había aterrado la víspera con su barba poblada, su cabeza gorda, sus bruscos ademanes! Sin embargo, no era mal parecido, en el fondo de sus ojos castaños descubría una gran ternura, mientras que su nariz le sorprendía, también a ella, una nariz delicada de mujer, perdida entre los hirsutos pelos del bigote. Le sacudía un temblorcillo de inquietud nerviosa, una constante pasión que parecía animar el lápiz en la punta de sus delgados dedos, y que la emocionaba mucho, sin saber por qué. No podía ser malo. Debía de tener sólo la brutalidad de los tímidos. Aunque no analizaba todo esto muy bien, notaba que se iba sintiendo a sus anchas, como en casa de un amigo.

Cierto que el estudio seguía espantándola un poco. Le lanzaba miradas prudentes, estupefacta por semejante desorden y dejadez. Delante de la estufa yacían amontonadas aún las cenizas del pasado invierno. Aparte de la cama, el pequeño aguamanil y el diván, no había más muebles que un viejo y desvencijado armario de roble y una gran mesa de pino, atestada de pinceles, de colores, de platos sucios, una lámpara de alcohol, sobre la que había quedado una